

Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva.

Forum UNESCO

Paris, 3 de junio 2015

**La educación de frente al futuro:
el compromiso del gobierno y de la sociedad civil**

Aporte del Prof. Italo Fiorin

Los problemas que afectan los sistemas educativos de los países económicamente más desarrollados parecen ser muy diferentes a los de los países más pobres.

La mayor preocupación que parece inspirar las orientaciones políticas del área del bienestar es la de reformular, en el contexto de la globalización, de los rápidos cambios y de la aceleración tecnológica de hoy, la conexión entre sistema escolar y sistema productivo, porque del siglo pasado a hoy todo ha cambiado. La centralidad del aprendizaje y el enfoque de las orientaciones políticas sobre el desarrollo de las competencias son la respuesta que hoy se da a las demandas que vienen principalmente del mercado del trabajo, como se ha ido delineando en los albores del siglo XXI. En la relación entre oferta formativa y la demanda del mercado, la *golden share* no está en manos de la escuela, sino del poder económico. Esto está causando una creciente hetero dirección de los planes de estudio, que se han rediseñado para que sea funcional a las necesidades del nuevo mercado. Conceptos tales como globalización e innovación hoy se encuentran declinados en términos puramente económicos. Por lo tanto, se define hoy un nuevo contexto de significados en el que palabras como *mérito*, *compromiso*, *éxito*, *competición* adquieren connotaciones muy diferentes de las que asumirían si se pusieran en un escenario educativo.

¿Y qué sucede en los países más pobres? A primera vista parece que los principales problemas se relacionan con la falta de recursos. Falta de escuelas, falta de maestros, falta de medios económicos para apoyar a los estudiantes en un trayecto escolar de largo plazo. Estas pobreza materiales están asociadas a la pobreza cultural que impide ver en la educación no sólo la manera de salir de la pobreza, sino también el camino de la emancipación social.

En el manifiesto pedagógico presentado a Papa Francisco por "Scholas Occurrentes" durante el Congreso Mundial celebrado en el Vaticano, el pasado febrero, se cita al escritor uruguayo

Eduardo Galeano, quien describe con un lenguaje muy crudo este mecanismo de demanda económica y de respuesta social: *"Día tras día, se niega a los niños el derecho a ser niños. Los hechos que se burlan de ese derecho, imparten sus enseñanzas en la vida cotidiana. El mundo trata a los niños ricos como si fueran dinero, para que se acostumbren a actuar como actúa el dinero. El mundo trata a los niños pobres como si fueran basura para que se conviertan en basura. Y a los del medio, a los niños que no son ni ricos ni pobres, los tiene atados a la pata del televisor, para que desde muy temprano acepten, como destino, la vida prisionera. Mucha magia y mucha suerte tienen los niños que consiguen ser niños."* E. Galeano nos da una fotografía imagen de tres grupos sociales diferentes: un grupo reducido y selecto, de los futuros líderes, en los que tenemos que invertir bien, porque el dinero produce dinero; un grupo más bien grande, la masa de los futuros consumidores, una masa que es bueno no se plantee muchas preguntas, narcotizada y pasiva; por último aquellos que sólo causan problemas y donde no hay mucho que esperar. A este último grupo pertenecen aquellos que rápidamente serán expulsados o que se les niega la educación, la "basura". Una "basura" que sin embargo consiste en un número importante y que está aumentando rápidamente.

No hay duda de que este cuadro reproduce muy bien la realidad de las zonas pobres del planeta, en las que la educación es un lujo que pocos pueden permitirse, aunque en todas las "villas miserias" y en las favelas, la televisión se ha convertido en el espacio alrededor del cual se sientan, sueñan, olvidan. Pero, el mundo de los que son económica e incomparablemente más ricos, que han superado el reto del analfabetismo, donde todos los estudiantes van a la escuela por un período de años más largo, ¿no se ve en absoluto afectado por este problema?

¿Realmente podemos decir que, al menos en estos países, todos los estudiantes tienen las mismas oportunidades, que las condiciones económicas ya no importan como en el pasado, que la gente "exitosa" lo es por propio mérito y no por su origen?

El analfabetismo, que afecta a cientos de millones de personas en todo el mundo, ha sido vencido en los países ricos. Pero esto no debe hacernos olvidar qué poco queda, terminada la escuela, de competencia en *literacy*, o aún más, de competencias culturales. El analfabetismo "que vuelve" no se trata sólo de la lectura de libros o periódicos, sino de todas las expresiones artísticas y culturales. Y este tipo de analfabetismo "humanístico", que pareciera que nos importara muy poco, es el resultado de la prevalencia de la presión utilitarista que la economía ejerce sobre la escuela. Dado que para el desarrollo económico y la competitividad entre países se necesita innovaciones tecnológicas, a las escuelas se les pide comprometerse a participar principalmente en estas áreas: tecnología y ciencia. A partir de estas premisas está creciendo una ola larga y anómala, un tsunami

que amenaza con llevarse de los sistemas formativos la historia, el arte, la poesía, y más en general esas cosas inútiles que son los conocimientos humanísticos.

Tal vez no es exagerado, creer que hay muchas más similitudes de lo que a primera vista podría parecer, entre los sistemas escolares de los países desarrollados y los de los países pobres, y que ambos están llamados a hacer frente a la invasión de una cultura mercantil que, bajo el imperativo de la utilidad y del beneficio “que no conoce reglas”, erosiona lo que hay de humano en la persona. Por lo tanto, se necesita cambiar el paradigma.

El paradigma del “servicio”

"La educación es el lugar donde decidimos si tenemos suficiente amor por nuestros hijos como para no expulsarlos de las oportunidades de la vida y abandonarlos a su suerte, si no robamos de sus manos la posibilidad de levantar la cabeza, de lograr algo nuevo, algo que nosotros mismos no hemos alcanzado, si los amamos lo suficiente como para prepararlos de antemano para la tarea de renovar el mundo". Así describe el manifiesto de Scholas la tarea educativa, indicando los dos puntos de referencia a los que debe apuntar dicho compromiso: “nuestros hijos” (niños, adolescentes, jóvenes, que llamamos “estudiantes”) y la realidad (“el mundo”) de la cual, quien tiene un papel educativo está llamado a ser responsable.

Puede sorprender, pero hay que recordar que el amor es la primera condición de la educación; que tenemos que considerar a los estudiantes como protagonistas de una gran tarea, que va mucho más allá del aprendizaje; que es necesario poner en estrecha relación la educación y el cambio de la realidad. Ante una idea conservadora del status quo, en vigor tanto en los países ricos como en los pobres, se contrapone una idea revolucionaria: el sistema educativo no es funcional al sistema, sino que es un elemento de transformación del sistema. Y esto, después de todo, es lo que quería decir J. Bruner, utilizando la expresión *"La educación es peligrosa, porque introduce el sentido de la posibilidad."* Y es, en el fondo, lo que nos recuerda Malala, al hablar en la ONU, y por lo tanto hablando al mundo de los pobres y de los ricos: *"Un niño, un maestro, un lápiz y un libro puede hacer la diferencia y cambiar el mundo. "*

¿Qué promesa debe ser capaz de hacer un sistema educativo a las nuevas generaciones, para que resulte seductor asistir a la escuela y a esforzarse en el estudio?

Apuntar al desarrollo de las competencias vistas como medio de realización personal, como recurso para emerger en la selva de la vida, como oportunidad de sobresalir individualmente, para mirar a

los demás desde la posición de una calificación gratificante? ¿Establecer los planes de estudio sobre la base del uso inmediato del aprendizaje, hacer coincidir lo que es útil para el mercado con la utilidad personal?

O, cambiar paradigma.

Poner en el centro de la propuesta educativa el concepto de "servicio" a la comunidad. Trabajar por el bien de la propia comunidad es la mejor manera de trabajar también para el propio crecimiento personal, como ya lo demuestran numerosas experiencias en todo el mundo.

Asumir un enfoque pedagógico basado en el valor del servicio social a través del aprendizaje curricular no modifica el modelo científico sobre el cual hoy se basa la didáctica orientada hacia el modelo de competencias (la estrecha relación entre desarrollo de las competencias y problemas o situaciones difíciles desafiantes; el valor del aprendizaje auténtico con respecto al meramente escolar o académico; la relación entre competencias disciplinarias y competencias ciudadanas o competencias clave ...), sino que revoluciona su valor.

Proporciona a los estudiantes, comprometidos en la difícil tarea de la realización personal, y también a los profesores, comprometidos en un fatigoso acompañamiento de calificación, una motivación más profunda, un nuevo significado.

En última instancia, como recuerdan muchos respetables documentos internacionales, la educación tiene el reto no sólo de proporcionar sólidas competencias para el mundo de hoy y de mañana, sino también de contribuir a la formación de ciudadanos con principios éticos, comprometidos en la construcción de la paz, en la defensa de los derechos humanos y de los valores democráticos.

Todos aquellos que tienen responsabilidades educativas están llamados a contribuir en la construcción de un *nuevo humanismo*, a través de un compromiso que se basa en algunos ejes de gran importancia:

- La esperanza, porque la educación es portadora de una intención transformadora y de mejora de la realidad;
- El diálogo, que surge del reconocimiento del otro no como un extraño, sino como esencial para nuestra propia vida, como una oportunidad para ampliar nuestra perspectiva;
- El servicio, porque el compromiso se interpreta de acuerdo a la lógica de la gratuidad, del don, en vista de la construcción del bien común.

El contexto en el que vivimos y actuamos no es un hecho inmodificable, en el que estamos ubicados y condicionados, sino un desafío a nuestra identidad como educadores y una posibilidad que cuestiona nuestra responsabilidad personal y colectiva. Educar no es hacer academia, observando el mundo desde lejos, destilando palabras edulcorantes, sino que es un compromiso con la realidad. Como podemos aprender de los grandes educadores de todos los tiempos (Don Bosco, Freire, Montessori ...) es desde las periferias de los pobres y desposeídos que nos llega una lección pedagógica que debe ser escuchada, preparada y practicada. Una lección que requiere el esfuerzo de la escucha, la investigación, la profundización y, también, la teorización, para que no haya demasiada distancia entre experiencia y conceptualización, entre conocimiento y vida.

Este vínculo que mantiene unida la visión y la acción puede ayudarnos a enfrentar la gran presión que a menudo empuja a las escuelas y las universidades a satisfacer las demandas de una sociedad en la cual predomina la lógica de un beneficio sin reglas, que alimenta una pedagogía del “individualismo”, la competencia exasperada, la meritocracia sin equidad. La distancia injusta, que se está convirtiendo en un abismo entre los pocos afortunados y los muchos desposeídos, se puede reducir mediante la pedagogía del encuentro, el diálogo, la solidaridad, la cooperación, la inclusión. Una pedagogía de la transformación de la realidad genera una didáctica de la realidad, poniendo nuevas preguntas en la enseñanza.